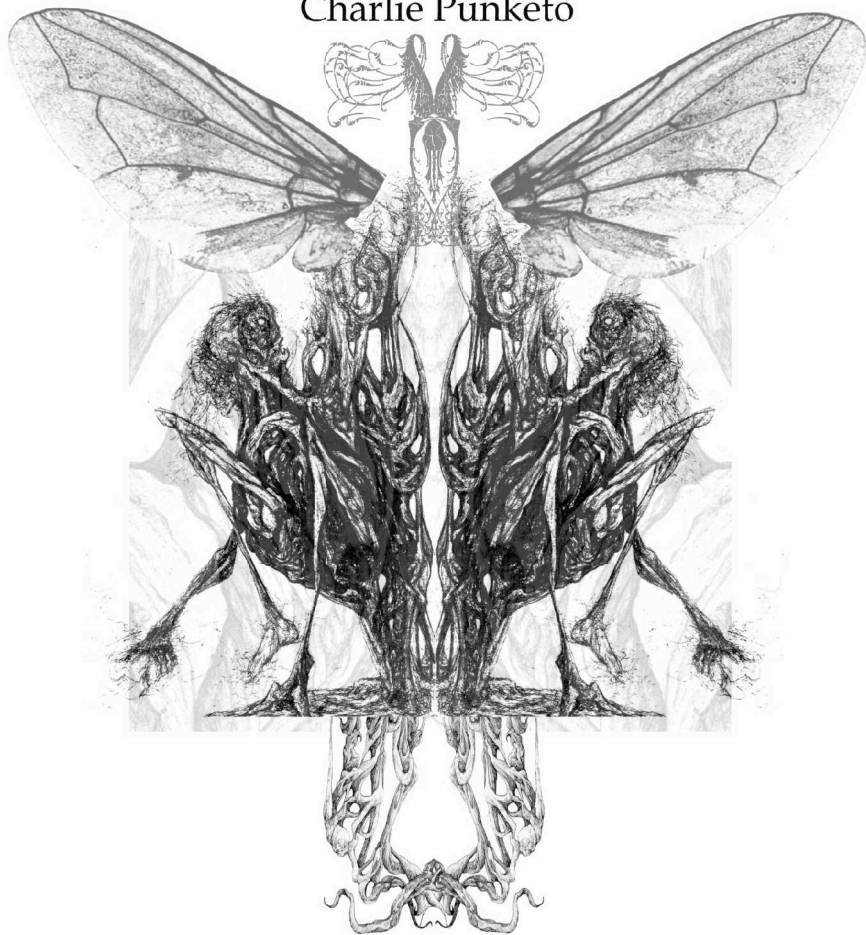


P ROFANACIONES

Charlie Punketo



rojo siena
editorial


PROFANACIONES

Charlie Punketo

rojo siena
editorial

Profanaciones

Charlie Punketo

 Charlie Punketo

Primera edición, México 2012.

 Rojo Siena Editorial

contacto@rojosiena.com

Edición:

Roxana Cortés Molina

roxannacortes@hotmail.com

Portada:

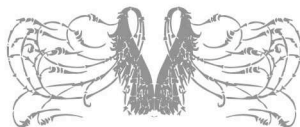
Jesús Escabernal

 Escabernal

escabernal@hotmail.com

Se permite la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio, sin fines de lucro y con la condición de otorgar reconocimiento al autor, colección y editorial.

A Iris García Cuevas



PLACERES CULPABLES

Me da pena que la gente me vea comer. Devoro las cosas como animal. Usar una cuchara o un tenedor es una proeza que hago cuando es inevitable, y esto ocurre sólo en reuniones sociales a las que me veo obligado a participar por diversas circunstancias. No me ocuparé en explicarlas porque no tienen relación con lo que ahora expongo.

No es que en casa no me hayan enseñado a usar los artefactos propios para el placer gastronómico. Al contrario, fui educado con rigor—inútilmente— en el manejo de cucharas, cuchillos y tenedores. A pesar de la vigilancia de mis padres, a escondidas, bajo la cama, era mi deleite disfrutar un pedazo de pastel escurriendo miel entre los dedos y mis labios.

Así que como solo. Soy tan deficiente en eso de las buenas maneras en la mesa que me inunda de vergüenza no poder conducirme del modo adecuado en uno de los actos humanos más primarios: compartir el alimento.

Años de darme terapia en Internet brindaron una respuesta que sosegó mi atormentada personalidad: descubrí que tengo la necesidad de tocar con las manos todas las cosas que me llevo a la boca, las que me deleitan al menos... por eso me encanta masturbarte.

LOS TENIS ROTOS DE VIVIEN LEIGH

Me gusta cuando se emborracha porque dice que me ama y yo la siento tan sincera que se lo creo. Siempre le creo, a pesar de que miente. La amo, y amo sus mentiras, porque al menos eso me da sólo a mí. Con eso es suficiente.

Uno de los pocos días que la pude tener a mi disposición, en la sala de mi casa vimos una película, *El puente Waterloo*. La protagoniza Vivien Leigh. Cometí el error de compararla con la actriz. "¡Soy más bonita!", me reclamó, y le di la razón.

Al comenzar todo, me preguntó si tenía novia. Respondí que no. Semanas después le regresé la pregunta. Dijo que estaba casada.

Eran frecuentes las citas que cancelaba cuando ya estaba esperándola.

Me ha tratado tan mal que la odio con el mismo corazón que se despedaza por ella.

—Mi amor, nunca nos vamos a separar.

—Sí, papi, nada nos va a separar—y mete uno de sus pechos en mi boca.

Quiero mamarle las tetas a pesar de que me ha hecho muchas chingaderas. Como cuando me invitó a su cumpleaños, sabiendo que su esposo estaría en la fiesta. Lo abrazó y lo besó delante de mí.

Lo acepto: estoy enculado, que es una manera de decir que mi cuerpo está enamorado del suyo. Usa sus tenis rotos cuando nos vamos a una tocada, para combinar con los míos. Trata de empatar conmigo. Me enternece y le digo que la amo. La abrazo y me recuerda que soy menor que ella. Le repito que la edad no importa cuando quieres morir en el cuerpo de otra persona, un cuerpo que piensas que te pertenece, aunque sea a ratos. No me gusta compartirla.

Le dije que necesitaba que se definiera por uno de los dos, pero esquivó el tema, como siempre.

La invité a casa para mostrarle mis dibujos recientes. Aproveché que su marido no estaba en la ciudad. Se emborrachó. La convencí de que me la mamara.

Cuando estaba anidando en mi entrepierna, tomé el cúter que siempre tengo conmigo y le rebané la garganta. Ya no podía irse con el pendejo con el que se casó.

Guardo su cuerpo en el rincón más íntimo de mi casa, para curar mis días oscuros.

No me importa su olor, ni que no me hable. Me basta con ver cómo se corrompe su carne mientras le digo que la amo.

UN SUEÑO CARMESÍ

Siempre he sido fiel a los principios que nos rigen. Por eso, cuando el daimyō Haru Rikuto, mi amigo desde la adolescencia, me pidió que cuidara de su pequeña Tsatsumi, no pude sino considerar un honor protegerla. Él, viudo, tenía que atender asuntos con los otros jefes de la comarca, y no quería dejar en su castillo a la niña de 12 años, que ya tenía prometida al gran Tokugawa Ieyasu.

Sobre todo porque sabía de las intenciones de mi primo Kasuki Kosuke, un hombre lascivo, ebrio y rico, único quien podía disputar el poder a Haru Rikuto.

Las mismas reglas de cortesía me obligaron a recibirlo la noche que el noble Haru Rikuto partió hacia Kantō. Esa tarde el viento jugaba con los cerezos y hacia que sus puntas casi tocaran el suelo. Habría tormenta.

A lo lejos vi llegar a Kasuki en su caballo. Al llegar me dijo que perdió la katana y la wakizashi al cruzar un río. Cuando le pregunté por el extravío de sus espadas noté que ya venía un poco borracho, pero no podía echarlo a la calle porque era mi primo y una gran lluvia se avecinaba.

En la cena nos acompañaron mi esposa Ayaka y mi hijo Ryoji, menor que Tsatsumi por cinco años. Luego de comer bebimos una botella de sake. Kasuki miraba sin cesar a Tsatsumi, aunque procuraba desviar la mirada cuando notaba que mis ojos lo vigilaban. Decidí que era momento de dormir.

Sabedor de las intenciones de Kasuki, ordené que mi esposa e hijo durmieran en la habitación principal, mientras Tsatsumi y yo ocupábamos otra pieza, no lejos de donde estaba mi primo. Escucharlo roncar con un estruendo que sólo era apagado por el estallido de los rayos de afuera me hizo pensar que estaría dormido y la niña no peligraría.

Gracias a mis años de entrenamiento noté los suaves movimientos de Tsatsumi tratando de escurrirse en silencio por la habitación para llegar a donde Kasuki. Me incorporé con un brinco y de dos pasos llegué a ella, la tomé del brazo con fuerza y en silencio.

Su mirada de niña aparecía nítida ante mis ojos con la luz de los relámpagos. Parecía a punto de llorar.

—Nada impedirá que mi señor y yo estemos juntos —me dijo con su voz convertida en un hilo. La llevé de vuelta a su lecho y la obligué a acostarse.

Señaló la puerta de la habitación, que se abría lentamente mientras la pierna

de Kasuki entraba como un gato. Tomé mis espadas de inmediato y pregunté a gritos quién andaba allí.

—Ya sabes la respuesta—dijo Kasuki, y se mostró por completo.

—Fuera de aquí. No fuerces el respeto familiar que tengo por ti.

—No me iré sin ella.

Cruzaron miradas de enamorados, que yo interrumpí al desenfundar la katana y la wakizashi.

—Sabes que te la puedes llevar sólo de una manera.

Salió de la habitación. A mi primera embestida corrió por el pasillo y alcanzó a tomar un palo de kendo, con el que me enfrentó. No hay honor en matar a un hombre que se defiende con bambú. Ayaka salió a ver de qué se trataba el escándalo. Ryoji miraba la escena detrás de ella.

Le ordené que me trajera otro palo de kendo, para darle una lección a mi insolente primo. Tsatsumi contemplaba la escena con la misma preocupación de quien mira un río desbordarse.

Con los instrumentos en las manos, nos dispusimos a pelear. El bambú silbaba entre nosotros, con su mensaje de dolor. Tras un minuto, la botella de sake bebida por Kasuki mostró sus estragos y lo reduje a golpes. Con los huesos fracturados y sangrando de la cabeza, lloriqueó por mi perdón. Tsatsumi tornó su rostro intranquilo en iracundo al ver llorar y rogar a su amado.

—Mi padre nunca permitirá esta unión, y yo ya no la quiero porque los cobardes no tienen hogar en mi corazón. Mi señor Ryosuke, le pido la cabeza de Kasuki.

Sabía que si lo mataba, le allanaría el camino a Haru Rikuto para tomara las posesiones de Kasuki. A pesar de eso, ordené a Ayaka que trajera mis espadas.

Kasuki se arrojó. Tomé la katana y la wakizashi y las dispuse como tijeras en su cuello. Un movimiento de mis dos manos y la cabeza cayó junto al cuerpo.

Amorosa, Tsatsumi envolvió la cabeza chorreando sangre y la envolvió en una sábana de seda. Luego se metió de nuevo a la habitación y la acunó en su pecho.

Ordené a los criados que sacaran el cuerpo y limpiaran el desorden. Consideré que ya no era necesaria mi vigilancia. Pude dormir, pero no descansaba.

Cuando abrió el alba busqué a Tsatsumi. Ya no estaba. Tampoco la cabeza. La busqué en el patio y la encontré muerta, degollada, con un

pequeño cuchillo en una mano y un pedazo de carne en la otra, junto al cuerpo de Kasuki. Trató de acomodarle la cabeza en su lugar, sin mucho éxito. El cuerpo de él, castrado, tenía desnudo el pecho, donde estaba escrito sobre la piel:

*Como agua y nieve
la muerte funde
nuestro destino.*

Me abruma pensar en las explicaciones que le tendré que dar a Haru Rikuto.

MILAGRO CONTENIDO

Este es el resultado de haber vivido tanto tiempo en un contenedor de basura con Milagros: nuestros dientes son amarillos y afilados, además despedimos mal olor y mis ojos se han empequeñecido.

–Tú siempre has tenido ojos de pulguita pedorra –se burla Milagros.

El 19 de febrero de 1998 ella me propuso fugarnos, salir de la ciudad y su monotonía para construir nuestra vida en pareja-dispareja. Le recordé que yo no tenía empleo, pero me contestó que no importaba, que Dios procuraría.

Para iniciar la travesía vendimos algunas de nuestras pertenencias, y le robamos dinero a su tía Concepción, que tiene una juguería. Somos lacras,

Cada uno con su mochila, caminamos hasta que la colonia se perdió de vista. Habíamos hecho una especie de pacto con nuestra mala suerte y la amargura. La primera noche intentamos dormir en la alameda, pero las pandillas de policías lo impidieron; de todos modos, el pasto húmedo no resulta un buen colchón. El frío y el hambre nos acompañaron como nuestras fieles mascotas. Decidimos dormir dentro de un contenedor de basura. Era mejor así, tendríamos techo y quizá hasta comida. Milagros dijo:

–Todos los inicios son difíciles, las cosas mejorarán, confiemos en Dios.

Se me había olvidado decirle que Dios y yo somos enemigos jurados desde hace algunos años. En fin.

(Milagros, milagro es tenerte en este paraje oscuro, en este hoyo en donde vivimos para cobijar nuestro amor en la desgracia y la penuria. Por fin hallamos el lugar en donde a tu conciencia y a la mía no les importa que nos arrebate la carne; el amor y estos cuerpos serán la trinchera desde donde sobreviviremos a la vida y al mundo).

Pasaron los días y con ellos las ganas de salir del contenedor. Después de todo no resultaba mala idea vivir ahí: dormir, llorar, odiarnos, mutilar nuestros sentimientos, hacer el amor y comer. Sin embargo, a veces Milagros se quejaba:

–Roberto, ya no aguanto estar todo el día así nomás, echada y cogiendo contigo; estoy menstruando, apesto horrible, quiero *cambiarme*.

–¿No querías tener más libertad, que nadie nos dijera algo?

–Pues sí, pero no a éste precio, yo quiero *una vida digna*. El otro día leí una revista feminista que vinieron a tirar y decía que...

—¿Y qué es una pinche vida digna? ¿Tragar cosas que no estén embarradas de ceniza de cigarro? ¿No dormir sobre nuestra propia mierda? Yo no te traje a la fuerza.

—¿Ya no me amas?

—Sí, pero esto es todo lo que puedo darte. Parece que tú eres la que ya no me ama como antes.

—El amor sigue... es la paciencia.

—Tal vez esto sea una prueba, ¿no crees, Milagros? Hagamos de ella una oportunidad para demostrarle a Dios que el amor que sentimos es verdadero.

(Si puedo vivir solo puedo morir solo. Siento perfectamente cómo se pudre mi organismo, cómo la mugre se convierte en mi segunda piel y hace de mi cuerpo un ancla más pesada todavía, un lastre atándome al mundo, sin siquiera el aliento de la muerte en mi nuca, para hacer un poco ligero este asco de estar hundido en la vida, de estarme diluyendo contigo, Milagros).

Pero tal parece que Dios recordó la enemistad que existe entre él y yo y se regodea haciéndonos sufrir. Incluso, nosotros mismos hemos empezado a olvidarnos de que ya nos olvidamos. No dudo que el Diabolo sea quien toca canciones de amor en las noches en que Milagros y yo nos abismamos en nuestros cuerpos. Por cierto, a ella ha dejado de importarle la comida y su menstruación. Ya no se queja del lugar donde vivimos; parece que al fin comprendió que *sólo aquí y así* podríamos amarnos.

Nos han sucedido algunas cosas curiosas: me olisquea antes de hacer el amor, le gusta que la acaricie con mis garras afiladas. Yo cuido de la pequeña y áspera cola que le brota al inicio de las nalgas a mi dulce y tierna hermana.

LA VIRGEN DE LOS GATOS

Le platicaba a mi hermano Francisco, cuando fuimos por las caguamas, de una señora que alimentaba a los gatos flacos que se acicalaban muy cerca de un altar de la Virgen de Guadalupe. El nicho de cemento en forma de pequeña iglesia está cerca de una esquina solitaria, lo adornan dos hilos de globos —como ojos— a medio inflar y múltiples flores de plástico verde, rojo y naranja, así como algunas veladoras encendidas y un aviso para no estacionarse delante de la estatuilla.

El lugar ha sido desde hace tiempo refugio para gatos, ya sea que lleguen solos o sus dueños los abandonen ahí. La mayoría de los animalillos sobrevive porque la señora Concepción se encarga de alimentarlos. Le decía a Francisco que es común que les dé, por ejemplo, un paquete de salchichas u otro tipo de carne.

—¿Tú cómo te diste cuenta?

—Pues porque ahí tenía un *bisne* con una morra.

—No te creo, siempre andas inventándote jales según tú con chavas bien buenas y al final resultan todas bien *federales*.

—Bueno, la neta, a la que me andaba tirando era a la señora...

—Ya ves cabrón, siempre es mejor decir la verdad desde el principio... ¿y qué hace la ñora con los gatos?

—Pues ya ves que a algunas señoras grandes, cuando se quedan solas, les da por levantar cualquier animal de la calle como mascota

—Como *tú* comprenderás.

—La bronca es que luego se le acaba el varo y a finales de mes no tiene dinero para comprar comida a los gatos de la virgen... luego también a los viejitos se les olvidan las cosas del diario, como meter la comida al refrigerador para que no se pudra.

—A ti luego se te olvida hasta ponerte los tenis cuando sales a la calle.

—Porque soy distraído.

—Y bien chemo, cabrón.

—Tú me enseñaste, no estés chingando.

—Pero nomás para que conocieras, no para que te clavaras.

—Lo chido es que ahorita ya estamos en algo más alivianado, ¿o no, carnal?

—Al menos madrea menos que el chemo.

—Bueno *wey*, el caso es que doña Concepción está todavía sabrosa y estoy

pensando en grabarnos cuando me la cojo para poner nuestro video en Internet y toda la onda.

—Y qué pedo con los gatos.

—Pues que a veces hay una pinche pestilencia en su casa porque se le olvida meter la carne para sus gatos al refrigerador, pero le vale madre que los paquetes estén echados a perder y de todas maneras se los da de comer; algunos no los prueban, pero los que sí tienen el chingo de hambre se refinan la pudrición y se mueren. Eso pasa casi cada fin de mes, aparecen cinco o seis gatos mero a los pies de la Virgen.

Llegamos a la tienda

Luego de estar una hora fumando piedra, la sed es normal. Habitábamos una casa de madera en una colonia en formación. Pocos vecinos, cero vigilancia, el lugar perfecto para drogarse.

Sólo una tienda en el terreno de siete hectáreas. Su arsenal de abarrotes se reducía a latas de sardinas, galletas saladas, chiles, refrescos, cigarros y cervezas.

El lugar aún conservaba algunas partes en las que había arbustos. Luego de comprar, nos acercamos a orinar y vimos cerca a una tórtola con un ala herida. Sin duda moriría de hambre, o tal vez otro animal, como un gato, se la comería.

—¿La matamos? —le pregunté a Francisco subiéndome el cierre del pantalón.

—¿Por qué?

—Para que no sufra.

—¿Quieres saber qué se siente ser Dios? —me replica Francisco con la sonrisa burlona que pone cuando estoy diciendo *pedrejadas*.

Busco una roca grande y la azoto contra el ave. Por un brevísimo instante el ojo se extiende sobre toda su cabeza; la cabeza-ojo envía directo a mi alma un rayo de dolor y rabia con la intensidad que le es posible desde su fragilidad. Todo acaba en el sonido de la piedra sobre la tierra, amortiguado por las plumas, huesos, vísceras y sangre.

Experimentar ese poder me hizo sentir en los brazos un magnetismo como el que siente Dios cuando dibuja nuestro camino con sus dedos. Sé que lograré conocer las palabras para expresar lo que se siente ser Dios. Tal vez hoy.

Al avanzar por la calle, distraídos en nuestra conversación, no vimos que se acercaba una camioneta. Cuando nos dimos cuenta que era de la Policía Ministerial ya era tarde para huir. Frenaron y bajaron dos de ellos, fusil en

ocho metros de la calle, brincamos y rodamos una breve ladera, corrimos por el lecho. Sacamos las pistolas al escuchar los primeros disparos. Mi hermano siempre ha tenido mejor puntería que yo, por eso logró eliminar a uno de los cerdos. Pero ellos traían armas pesadas, y a pesar de ser malos tiradores, eran muchos y nos tenían de espaldas.

Francisco cayó metros antes de que una bala me diera en la parte trasera de la rodilla... casi me desprendió la extremidad. Sin munición, tirado sobre una piedra redonda, como en ritual azteca, esperé a que llegaran los policías, que me golpearon cuanto quisieron. Tenía el rostro hinchado cuando llevaron el cuerpo de mi hermano y lo colocaron junto a mí. En la frente de Francisco, un orificio sangrante, que combinaban con las demás heridas en su cuerpo moreno. Los ojos cerrados. Parecía por fin en paz, luego de casi dos años de atracos, huidas y pasar el tiempo en escondrijos, desde que matamos a un vigilante durante el asalto al negocio de empeños. Quince mil pesos de botín.

—¿Qué hacemos con este hijo de la chingada? —le pregunta uno de los gordos agentes al que parece su jefe.

—Dale piso —sentenció sin más.

El que preguntó preparó la pistola nueve milímetros y me miró desde arriba, tapando el sol con su cuerpo. Apuntó el tubo metálico hacia mí frente. Vi el magnetismo divino que emanaba de sus brazos.

Tirado en el lecho del río, cuando surgió el resplandor blanco, que luego se tornó rojo, me sentí tan frágil como una tórtola cuya cabeza es un enorme ojo a medio inflar y una piedra de fuego le pega con dolor y rabia directo en el centro del alma.

LOQUILLO

"Para que sepas lo que es ganarse un grano de sal", es la frase, sentencia condenatoria, con la cual muchos padres empujan a sus hijos a la triste carnicería (tropical, en el caso de Acapulco, donde ocurrió esta historia) llamada pomposamente "mundo laboral".

Es verdad que las cosas materiales nos dan comodidad y la idea de seguridad. Sin embargo, para mí, lo único material que vale la pena comprar es lo que nos conduce a un estado mental diferente: en este caso, drogas. Siempre es mejor vivir las consecuencias de los impulsos que aplanarse en una zona de confort y pudrirse en ese lugar.

Con estas ideas, no es fuera de lo común que mi amigo Luis y yo nos encontremos para conseguir drogas. Proletarios concientes, cooperamos para lograr un mismo fin.

Uno de los efectos de las madres que fumamos es la euforia distorsionada. Miles de planes grandiosos surgen de nuestros cabalgantes cerebros. También brota, en el silencio y la oscuridad del callejón, un sentimiento de amistad, que como pequeña serpiente, se asoma entre las piedras.

Unidos por la euforia y la amistad, proyectamos conseguir dinero para corrernos una buena fiesta. Hicimos el presupuesto:

$$\begin{array}{rcccccc} \text{Crack} & \text{Alcohol} & \text{Cigarros} & \text{Mota} & \text{Total} & \\ \$200 & + \$100 & + \$50 & + \$50 & = \$400 & \end{array}$$

Barato, barato. Sí, todo muy bien, pero... ¿Y las mujeres?

Me habló de un par de amigas ponedoras. A una de ellas la saludo a veces. Es atlética, de unos 30 años, y tiene un tic nervioso que la hace mover sin control la cabeza, dirigiendo su barbilla hacia el hombro izquierdo. La otra era una mesera que también circula por el barrio, de unos 80 kilos, cerca de 40 años, grandes tetas y caderona.

Para que aceptaran la invitación, teníamos que ofrecerles nuestra generosidad, así que debíamos conseguir más dinero... ¡Todo es más caro si incluye mujeres, chingao!

Reformulamos nuestros números:

$$\begin{array}{rcccccc} \text{Crack} & \text{Alcohol} & \text{Cigarros} & \text{Mota} & \text{Total} & \\ \$400 & + \$100 & + \$50 & + \$50 & = \$600 & \end{array}$$

–No manches, aumentó a la mitad, –le hice notar a Luis.

–Pero las morras son jaladoras, vamos a loquear y a coger,– dijo mi amigo.

–Al menos va a valer la pena. Pero hay que irlo armando ya, cuánto traes ahorita –reviro.

Vaciamos nuestros bolsillos y juntamos las monedas. ¡Sólo nos faltaban 592 pesos!

–Si le chingamos conseguimos el varo en cuatro días, –me dice Luis con determinación. Yo voy a ver a esa señora que te decía a ver si le puedo sacar una lana.

Acompañamos estas cuentas y planes con la pipa que hizo de una antena de televisión. Me gusta esa pipa porque siempre que fumo en ella recuerdo mis programas favoritos de la tv :D.

* * * * *

¡Por fin llega el día! Con grandes sacrificios reunimos la cantidad. Nos las ingeniamos para no gastar en comida. Sólo le dimos pellizcos a nuestro ahorro para comprar medio de *pedra*, para aguantar.

Conseguimos todo y a las 10 de la noche nos reunimos. Antes de que apareciera la mesera, 10:20, dejamos que el azar decidiera quién se cogería a quién. Me tocó la del tic. Puse mi cara de sacrificio para que no percibiera la enorme sonrisa que tenía por dentro, ya que imaginaba lo rico que la mamaría una chava con un tic como el de ella.

Al poco rato llegó la Positiva (le dicen la Chica Positiva porque parece que siempre está diciendo que sí) y nos lanzamos a mi cuarto, dónde más, porque las chicas viven con sus familiares y Luis con su mamá.

Nos pusimos a beber, a platicar pendejadas de otras personas para aligerar el ambiente. Al llegar casi a la mitad del pomo sacamos la mota y forjamos dos cigarros. Luis los suele hacer muy gruesos, algo que a mí no me gusta, porque tengo la idea de que se desperdicia mucha yerba, así que los armé yo, delgados y alargados, como se enrolla el tabaco fino.

Cuando Luis y la mesera empezaron a fajar, noté con tristeza que mi pareja cesó en su tic conforme le fue haciendo efecto la mota. ¡Se suponía que ese era su atractivo!

La blusa de la mesera ya había caído, y el sostén apenas podía contener esas dos tetas que parecían aguacates gigantes. Antes de que Luis y su nena se metieran al baño a coger, sacamos la primera bolsa de *pedra* y le pusimos

todos. Apenas duró tres vueltas. Sacamos la otra y sólo dio una ronda, para irle midiendo y que no se terminara muy rápido, además, cuando te metes mucho dejas de sentir el efecto.

Luis se llevó a su chica al baño, y me dejó solo con la Positiva. Seguimos fumando, y con alegría noté que conforme inhalaba regresaba su tic tan sexy. Ahora tenía que buscar la forma de poner esa cabeza a trabajar.

—¿Cómo vas? —le pregunté sonriendo.

—Chido manito, me siento a toda madre, ya me estaba torciendo por la mota y el chupe, pero ya me aliviané —contestó .

Se asoma la morena desde el baño.

—Qué pues tú cabrona, ¿no venías a coger?

—Cállate mana, estás pendeja.

Regresa a verme...

—No le hagas caso, siempre está chingando, pinche negra.

—Pero estaría bien hacerlo ¿no?

—Al rato vemos —contestó llevándose la pipa a la boca.

Pasé el rato tratando de que todos mis comentarios llevaran mensajes subliminales, como "se me hace que besas rico", o "¿cómo te gusta hacer el amor?", pero creo que lo que la mató fue: "te doy cincuenta varos si me la mamas".

Aceptó. Desabroché mi pantalón y su cabeza oscilante bajaba; nos detuvimos al escuchar un golpe en el baño. Luego, el grito de Luis.

—¡Ese!, ¡ven güey! Esta pendeja se cayó y se pegó en la cabeza, ayúdame a levantarla.

Subo mi pantalón y espantado camino los siete pasos hacia el baño. En el piso estaba, la mesera, vestida solamente con una pantaleta que parecía para lucha libre. La sangre escurría por la cabeza.

—¡No mames cabrón, rompieron la pinche taza del baño!

—Es que se me resbaló *man*, la estaba cargando mientras me la cogía y se me fue para atrás y se pegó en la orilla del baño, se oyó bien hueco.

—Hay que despertarla— me dice.

—A ver, échale agua.

Tomó su falda, la mojó en el agua del depósito y la pasó por su cara. Nada.

—Mejor échale agua directo en la cara —le sugiero a Luis.

Ahueca las manos y le avienta el líquido. Nada.

Se asoma la Positiva. Jala con intensidad de la pipa. Contiene la respiración como si estuviera debajo del agua y pregunta:

—¿Qué le pasó?

—La tiró este cabrón.

—¿Ya vieron si está respirando?

Tratamos de poner nuestros dedos temblorosos en su nariz, pero no podíamos mantenerlos lo suficiente para captar su respiración.

—Pónganle una toalla donde le está saliendo sangre —nos ordenó la Positiva.

Como pudimos paramos el sangrado y Positiva dejó unos minutos la pipa para ayudar a vestir a la compañera caída.

—Hay que llevarla a la cama para que se aliviane —recomendó.

La dejamos ahí para acomodarnos en el otro mueble de mi cuarto, un sofá para dos personas. Luis se sentó en el piso, recargado en la cama.

—¿Y ahora? —me mira mientras prende un cigarro.

—Pues hay que esperar a que se aliviane.

—Esa pendeja siempre se queda dormida cuando se pone bien peda y mariguana —dice Positiva.

—Y luego con el putazo —le completo.

—Yo no me voy a quedar con las ganas, la neta —informó Luis. Tomó una sábana, se la puso como capa y se montó en la morena. Apagamos la luz. La oscuridad era cruzada con los pujidos de Luis y los destellos de los encendedores.

—¿Todavía quieres que te la mame? —me pregunta la Positiva

—Sí gustas.

Saqué el billete de una bolsa de mis pantalones, se lo di y me los bajé.

Con el mismo ritmo que un pájaro carpintero horada el árbol, la Positiva se aplicó en su labor. Interrumpía sólo para pedirme la pipa. Se concentró en la punta, me acarició los testículos y sentí cómo me derramaba en su boca mientras exhalaba una abundante bocanada de humo.

Luis terminó también y encendió la luz. Durante dos horas estuvimos echando desmadre, fumando la piedra que nos quedaba. Ya cerca de las cuatro de la mañana Positiva se quiso ir, y él trató de zafarse.

—No me vas a botar a esta vieja aquí güey, no chingues —le espeté.

—Dale chance que se aliviane y cuando se despierte la desafanas.

—Ni madres, vamos a dejarla a su casa —repliqué.

—Yo sé por dónde vive —dijo su amiga.

Fue imposible hacer que se mantuviera en pie. La cargamos, y al pasar por los lavaderos de la vecindad, aprovechamos para lavarle la cabeza y los rastros de sangre que tenía en los brazos. Pesaba como un fétetro con inquilino, pero

ni modo de criticarla y dejarla así nomás, todos nos hemos puesto igual de idiotas alguna vez.

En la calle estaban los borrachos de siempre, y nadie vio raro que lleváramos a la morena arrastrando. Escuchamos sus gritos de burla:

—¡Estuvo bueno el refuego!

—¡Vale que invitan, cochos!

Subimos con dificultades las escaleras del callejón donde vivía. Llegamos a la puerta de su casa.

—¿La dejamos aquí? —pregunta Luis

—Déjenla ahí, solita se va a meter al rato que se le baje, o si no, uno de sus vecinos la mete. Ni que fuera la primera vez —dijo la Positiva.

Nos pareció lo más adecuado.

Con las manos libres, salimos del callejón de la mesera. La Chica Positiva osciló un adiós. Pasamos a mi cuarto a ver qué había quedado en las pipas y nos alegramos al ver que aún nos alcanzaba para dos o tres jalones.

Cansados, pero satisfechos, nos acomodamos en el sofá. En el humo naranja que salía de nuestras bocas ya se formaba el siguiente plan para echar desmadre.

INSOLACIÓN

Como en los días que tenía olvidadas las ganas de dormir, el insomnio me platica sus desventuras. Es un sinsentido tratar de obtener satisfactores cuando la razón se ha separado del cuerpo y se convierte en una isla abandonada, solitaria, segregada.

Cuando no alcanzan los dedos para contar las horas del dolor, es necesario cortarlos, por su inutilidad para medir lo inconmensurable. El dolor: cascada de dinamita para captar nuestra respiración.

Pareciera que todo se trata de perder, o de obtener alguna migaja de la vida para no morir de angustia y desesperación, y luego dejar ir lo poco que tenemos, acelerar la caída, situarnos en nuestra condición real de esclavos de un camino desconocido.

Títeres al fin, actuamos una y otra vez esperando que alguien o algo aplauda y sentir que de algo valió la pena tanto movimiento. Como perros adiestrados. Pero no es grato ver una representación de moribundos. Los hilos se enredan, caen las cabezas desmadejadas. El auditorio rompe en llanto porque pudimos llevar a cabo hasta el final la farsa de nuestras vidas.

Dañados los sentimientos desde el inicio, todo es mentira hasta que a alguien se le ocurra decir lo contrario... demostrarlo es una tarea que no nos corresponde.

Chocamos unos contra otros –le llamamos suntuosamente encontrarnos–, como títeres, como fardos; nos negamos a conocer cómo se amasaron nuestras entrañas, cómo conocimos las cosas que sabemos y creímos que eran verdad, por qué sentimos que algo nos está deshaciendo por dentro.

Inexplicablemente, confiamos en el otro, como quien le entrega un arma al enemigo, para que lo mate cuando quiera. Tratamos de mantener relaciones sabiendo que todo terminará: que la familia morirá, que los amigos nos traicionarán o nos abandonarán, que el amor se cansará, se aburrirá y querrá encerrarse en otro ataúd de huesos, para llevar una carga menos pesada y más maleable. Sería como tratar de seguir cantando cuando bien sabemos que la música ya se acabó.

Agobiados hasta el extremo, nos rendimos por fin ante la búsqueda inútil. Dejamos de esperar y nos entregamos al silencio, a la inercia –recurso para seguir sangrando–, y así evitar que las llagas se infecten con otra presencia, o que otro aroma contamine la suave esencia de la podredumbre.

Alejemos los sueños ingenuos para aprender a morir con el aliento propio.

Dormir y entregarse a la acogedora soledad, a éste ácido malestar, a la sonriente oscuridad.

UN HOGAR LLAMADO MUERTE

Mi cuerpo, clavado en estas andrajosas paredes, completa el cuadro raído de mis pensamientos. No más flores rojas, salvo las de un poema que no me he atrevido a escribir. A través de mi cigarrillo vislumbro la mujer en turno que embriaga a Goya. Me invita a recorrer un laberinto público ignorado.

Me sé escogido por la gracia de esta noche para llorar y secar mis lágrimas con la carta de un amigo muerto, y para consolarme en el pecho de la Maja Desnuda, cuyo objeto de placer tal vez sea acompañarme en mi delirio. Me disgrego en un mundo que odio.

Perdido en esta enfebrecida repetición de cosas, trato de retener un fugaz recuerdo de mis vidas pasadas.

En la habitación más sombría de mis huesos organicé una reunión: bebemos licor de azufre con mujeres de rostros tatuados. Ellas me recuerdan el estigma en el que me convertí y que ahora pierde color entre cuatro paredes. Se hace viejo. Mi casa: desde siempre empobrecida. Lúgubre como una fiesta de niños muertos.

Miro a las mujeres como quien mira el fuego que se apaga: no puedo tocarlas. "Surgieron de la ceniza de la sangre, nadie las conocía hasta que tú las invocaste", musita alguien al oído. Figuras de porcelana me emborrachan y desaparezco entre las risas y el estruendo de las copas cuando se rompen en mi cabeza. Me evaporo.

Dios pone en duda mi existencia porque el nombre que me dieron no aparece en ningún santoral. Los cuchillos de la angustia me escarban el pecho. También algunos días de 1996 y 1997, que insisto patéticamente en recordar.

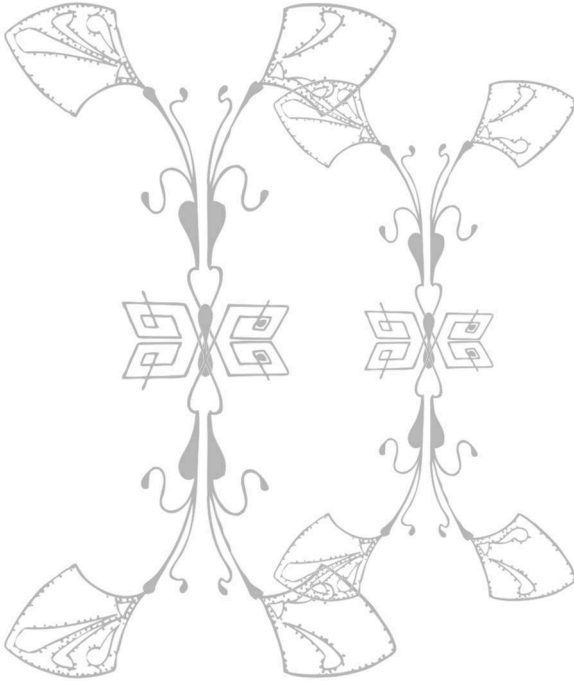
Me reflejo en la mueca de mi rincón favorito. Ya no soy parte de eso. Ni de nada.

Qué situación terrible, ésta, que me impide ver qué tan lejos están tus brazos. Mi vida, la realidad y el tiempo me tienden una trampa; luego elucubran chistes sobre mi suerte.

Emerjo del agua espesa con la condena de vagar por las montañas desequilibradas de mi mente, en la impureza de mis horas siniestras, a desfallecer una y otra vez en los garfios del vacío y terminar desgarrado en el pecho de una mujer que maté a besos de cianuro.

Se ha vuelto penoso convertir las pesadillas en poemas, entender la concordancia del vivirdeprisa y el morirdespacio.

La vagina abierta vomita una lengua de serpiente, el fuego del esperma me abrasa y percibo el olor del frío. Las quimeras escupen mi cara y corro hacia la ausencia. Todos mis sueños están bajo tierra. Las flores rojas del poema nunca escrito se queman en mi intento. Por eso siempre prefiero regresar a esta casa desolada y darle la espalda al mundo.



WATERGOAT

Yo soy la cabra acuática:

escalo hasta la punta de las olas.

El mar es mi montaña.

La marea es mi bosque;

Me largo del cosmos cuando quiero.

Ella es mi árbol:

dos de sus ramas

se enredan en mi cintura.

Quiero perderme

en las grietas de su cuerpo

Sus piernas son el tallo;

sus nalgas, la flor.

El vello púbico, la anémona de mi mar.

Yo soy la cabra acuática:

quiero (re)montar su monte de Venus.

Y mojarme en su mundo inabarcable.

PAPELES DE DIVORCIO

Unidos sin quererlo
mi espíritu y yo,
enterrados uno en el otro
nos ignoramos

Enlace de males man(des)comunales;
reparto de ponzoñas:
se lleva las heridas
me quedo con la hiel

Así paso los días.

Cuando despierto
con mi cuerpo esparcido en un pozo
leo el informe de la batalla

Al absorber las grietas blancas
nado contra río
hasta llegar a la cascada-dinamita;
incendio en la penumbra

Desobligado de mi cuerpo
lo alimento con veneno.
Mi espíritu fuma sobre el ropero;
su humo me cose a la cama.

REPORTES DESDE LA ZONA INFELIZ

me aburro en el infierno
escucho en la lluvia la respiración
del bosque negro

lúgubre aleteo de insectos

frágiles miradas en una
avalancha de penumbra

besos y cuchillos

tu risa es una inyección de trementina
en el centro de mis ojos

sujeta mi brazo
y verás las líneas subrepticias

QUIERO ESCRIBIRTE POEMAS DE AMOR,
PERO SÓLO ME SALE PORNOGRAFÍA BARATA

Este pie tiene alas
de navaja

trocea tu vagina:
mi cicatriz favorita:

escoria trascendental.

Te he puesto,
con todo mi amor,

en la punta
de mi verga
en un pedestal
de lujuria

tu abismo es
una pregunta
que no quiero contestar.

Sólo te veo
cuando duermo:

Eres mi sueño recurrente,
el más elaborado
mi abrasadora

pesadilla

ÍNDICE

Placeres culpables

4

Los tenis rotos de
Vivien Leigh

5

Un sueño carmesí

6

Milagro
contenido

9

La virgen de los gatos

11

Loquillo

14

Insolación

19

Watergoat

22

Un hogar

llamado muerte

20

Papeles de
divorcio

23

Reportes desde
la zona infeliz

24

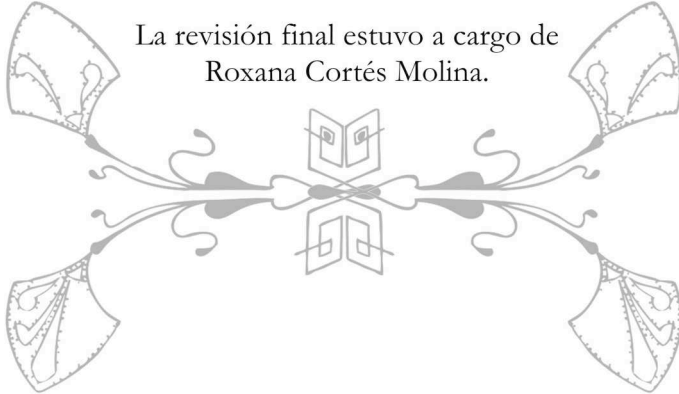
Quiero escribirte poemas de amor,
pero sólo me sale pornografía barata

25



Profanaciones de Charlie Punketo, se terminó
de imprimir en noviembre de 2012 en *Rojo Siena Editorial*,
Chilpancingo de los Bravo, Guerrero.
El tiraje fue de 1,000 ejemplares.

La revisión final estuvo a cargo de
Roxana Cortés Molina.



Colección punto
suspensivo
2

rojo siena
editorial